

www.elboomeran.com

Edward Bunker
Little Boy Blue

Traducción de Zulema Couso



Capítulo 1

En el verano de 1943, un Ford sedán negro transportaba a tres personas por el Paso de Cahuenga, desde Los Ángeles al Valle de San Fernando. Conducía una trabajadora social de mediana edad. Un chico de once años iba sentado en el medio, con su padre a la derecha. Los tres miraban fijamente por el cristal con expresión sombría. La trabajadora social permanecía impassible, aunque era más bien una pose estoica muy bien ensayada para aislar sus emociones del dolor de la compasión. El padre guardaba silencio, resuelto, aunque haber tomado esa decisión no significaba que dejara de preocuparle la situación; los músculos de la mandíbula le latían al aspirar el humo de su cigarrillo. El chico apretaba los labios hasta casi esconderlos y, ocasionalmente, se los mordía por dentro para sofocar el berrinche que crecía en su interior. Se alteraba y se contenía al mismo tiempo. El momento de la rebelión se acercaba pero todavía era demasiado pronto.

Más allá del Paso de Cahuenga, la ancha autopista se retorció contorneando la base de las colinas, salpicadas de casas enterradas en sus verdes faldas. La trabajadora social tomó una salida que daba a un camino estrecho y recto a través de infinitos naranjales. En ocasiones veían relucir una casa de madera apartada del camino. Hacía calor y el aire estaba lleno de

polvo, los insectos no paraban de chocar contra el parabrisas. Pasaron junto a dos chicas de piernas desnudas que montaban sobre una gorda yegua. En 1943, el Valle de San Fernando aún era campo, sin contaminación ni casas unifamiliares idénticas, y en él vivían pequeñas comunidades separadas por kilómetros de campos de cítricos y alfalfa.

El chico mantenía la vista fija al frente, como petrificado ante la línea blanca sobre el negro asfalto que desaparecía bajo las brillantes ondas de calor. Aunque, en realidad, no veía nada, no escuchaba nada. Pensaba en cuántos viajes idénticos a aquel había realizado desde que tenía cuatro años en dirección a otro lugar dirigido por extraños. Era prácticamente lo único que podía recordar: internados, escuelas militares, casas de acogida; esos lugares y fragmentos de escenas desagradables, berrinches y lágrimas, la llegada de la policía para mantener el orden. Cada vez que pensaba en su madre veía su rostro contraído por el dolor y empapado de lágrimas. Sabía que él sentía antipatía por ella pero desconocía el motivo. Recordaba el día en que su padre se marchó y corrió detrás de él con un penacho de plumas indias de juguete en la cabeza. Tiró de la puerta del coche pidiéndole que lo llevara con él pero se marchó de todas formas dejándolo sentado en el suelo, llorando. Después, su madre salió con una percha de madera para hacerle gritar con más fuerza.

Tenía el recuerdo de estar en la sala del tribunal pero no recordaba nada de lo que ocurrió allí. Después de eso, su madre se marchó. Nunca volvió a verla. Nunca se la volvió a mencionar. Ahí empezó la época de las casas de acogida y las escuelas militares. Ni siquiera era capaz de recordar la primera, solo que lo pillaron intentando escapar una lluviosa mañana de domingo. Las imágenes de sus recuerdos se volvían más claras cuanto

más recientes; recordaba otras huidas, una que duró seis días, y más peleas y más berrinches. Había pasado por tantos sitios diferentes porque lo echaban de todos.

Al principio, sus rebeliones fueron a ciegas, una respuesta refleja al dolor, el dolor de la soledad y de la falta de amor, aunque aún no tenía palabras para definir esos sentimientos entonces, ni siquiera ahora. Algo dentro de él se desbocaba cuando se enfrentaba a la autoridad, y tenía tendencia a sufrir rabietas violentas a la más mínima provocación. Especialmente en las escuelas militares, los chicos privilegiados lo despreciaban y provocaban sus ataques de ira, lo que a su vez provocaba los castigos que le llevaban a huir. Una detrás de otra, las residencias de chicos y las escuelas militares le decían a su padre que el chico tenía que marcharse. Hay quien creía que era epiléptico o psicótico, pero el electroencefalograma dio negativo y un psiquiatra que trabajaba como voluntario para la comunidad declaró que era normal. Cada vez que lo echaban de un lugar, se quedaba en la habitación amueblada de su padre durante unos días o una semana y dormía en una cama plegable. Era feliz en esos paréntesis. Las rebeliones y el caos tenían un propósito, alejarlo de la tortura, pero el intervalo entre la llegada y la explosión se reducía cada vez más.

Ahora, mientras las ruedas consumían el camino polvoriento, el chico se iba calentando pensando en lo que haría. Las lágrimas y las súplicas habían resultado inútiles, no porque su padre no quisiera escucharlo, sino porque no podía cambiar las cosas. Él tampoco tenía otra elección. Era un cincuentón, exhausto y delgado, con la piel roja y correosa del alcohol y el trabajo bajo el sol. No era alcohólico pero, en los últimos años, bebía mucho por su mujer, su hijo y la Depresión. Era un buen carpintero, orgulloso de sus habilidades, pero el trabajo

escaseaba desde hacía casi una década. Hasta el comienzo de la guerra no empezó a trabajar de forma regular. Habría sido feliz de no ser por su hijo. ¿Por qué no podía el chico aceptar la situación, la necesidad de internarlo? El hombre le dijo a su hijo que la ley requería que alguien cuidara de él. Si tuvieran familia, tíos, primos, amigos... pero tanto él como su antigua mujer eran huérfanos que habían llegado hasta allí desde el sur de Ohio con la idea de labrarse una nueva vida en el soleado sur de California. El padre tenía una hermana mayor que vivía en Louisville, pero no la había visto desde hacía veinte años.

Se sentía culpable por su hijo y tranquilizaba su conciencia pagando más de lo que se podía permitir en escuelas militares e internados. Escatimaba en su comida y vivía en una habitación barata. Su hijo parecía no darse cuenta de sus sacrificios y él se preguntaba si el chico no estaría loco.

El padre tiró el cigarrillo consumido por la ventana y, de repente, se sintió enfadado. Había malcriado a su hijo. Ese era el problema. Solo un niño malcriado sería capaz de huir, de pelearse, de robar, de montar esas pataletas. Él lo había hecho lo mejor posible. Sabía que había hecho todo lo que podía.

La trabajadora social mantenía las manos firmes en el volante y los zapatos serios posados sobre el acelerador y el embrague. Observaba atenta los semáforos para reducir las marchas. Había aprendido a conducir a los cuarenta, puesto que venía de un lugar en el que los automóviles no formaban parte del paisaje, y era muy consciente de cada movimiento que hacía. Pero la carretera vacía y la velocidad moderada le daban tiempo para pensar. Sentía al chico a su lado, un cuerpo conocido en las agencias de asistencia social. Once años y ya había acumulado todo un expediente. Aunque era un chico inteligente que formaba parte del dos por ciento de la población con

un nivel de inteligencia superior, su comportamiento caótico y sus problemas emocionales lo privaban de ser un buen estudiante. El muchacho tenía potencial pero no lo aprovecharía. Unos años atrás, la situación la habría angustiado, pero, por su propia salud mental, había desarrollado una coraza protectora alrededor de sus sentimientos. Hacía todo lo posible por ayudar pero no se implicaba en cuerpo y alma en los casos. Demasiados fracasaban, como si los divorcios y las casas de acogida fueran la antesala del reformatorio, el correccional de menores y la cárcel. Las posibilidades de este chico de llevar una vida de éxito eran escasas y su naturaleza tempestuosa no mejoraba la situación. Su potencial único se convertiría en una destructividad única. «Qué pena —pensó— que no haya una relación directa entre el intelecto y el espíritu.» Este chico necesitaba un hogar y amor para salvarse, y nadie podía dárselos, desde luego ningún organismo o institución.

—Vamos bien de tiempo —dijo la trabajadora social—. Podemos parar en algún sitio a comer algo.

Durante un momento, el hombre no respondió. Después, como si las palabras se hubieran colado en su ensoñación, se sobresaltó. Miró a su hijo, un chico con una cabeza demasiado grande para su cuerpo y unos ojos demasiado grandes para su cabeza.

—¿Tienes hambre, Alex?

Alex negó con la cabeza, no quería hablar para no dejar escapar la tormenta de emociones que se avecinaba. Las necesitaba todas para el conflicto inminente.

El hombre, Clem Hammond, se ruborizó. Él también tenía genio. Se encogió de hombros a modo de disculpa por la mala educación de su hijo y pensó en qué habría hecho su padre de haberse topado ante una actitud tan altanera. El estricto

granjero habría cogido una vara o se habría quitado el cinturón. Sin duda, los tiempos habían cambiado, y no necesariamente para mejor. Aun así, Clem entendía la tristeza de Alex y sintió haberse enfadado con el chico.

—Podemos parar a comprar algunas revistas sobre aviones —sugirió y, con orgullo, se dirigió a la trabajadora social—: A Alex no le gustan los cómics.

—No quiero revistas —respondió Alex sin mirar a su alrededor. Tenía las manos apretadas entre las piernas, cerradas en un puño con los nudillos blancos. El estómago le ardía y las lágrimas amenazaban con desbordarle los ojos. «No quiero ir allí», se quejó para sus adentros. «No... no... solo llévame a casa, papá. Dormiré en el suelo y no causaré ningún problema... Por favor, papá... Por favor, Dios...»

La oración silenciosa no ralentizó el Ford. Los naranjales quedaron atrás y ahora los campos de alfalfa brillaban bajo el sol. Los aspersores giratorios lanzaban collares de agua centelleante. Las faldas de las colinas de la parte norte del Valle de San Fernando crecían. El Hogar para Chicos del Valle estaba situado a los pies de esas colinas, resguardado por eucaliptos, pimenteros y robles.

ZONA ESCOLAR. CONDUZCA DESPACIO.

Los pies de Alex pisaron con fuerza el suelo, con el cuerpo rígido, como si pudiera dominar el avance con su fuerza de voluntad.

HOGAR PARA CHICOS DEL VALLE

Un camino estrecho cubierto de hojas caídas se extendía más allá de la señal.

—No me gusta —dijo Alex con los dientes fuertemente apretados.

—¿Cómo puedes decir eso? Aún no lo has visto. —Clem contenía su propia ira. ¿Acaso no había hecho todo lo que había podido? También se percató de los indicios de una pataleta.

—Está sucio —se quejó Alex.

El Ford atravesó los rayos del sol deformados por el follaje de los árboles que se elevaban sobre ellos. En el campo reinaba la calma, un silencio solo roto por el gorjeo ocasional de los pájaros. Todos los seres vivos se resguardaban del calor de agosto.

Los tres estaban tensos. Los ojos de Alex recorrían el terreno como los de un pequeño animal atrapado y respiraba profundamente, aguantando el estallido, a la espera.

El camino terminó en un aparcamiento. Alrededor se elevaban edificios de varios pisos con tejados amarillos; cerca de los aleros, el amarillo estaba rayado. Esos eran los dormitorios. El edificio de dirección era un almacén encalado que había conocido mejores días. El aparcamiento estaba prácticamente vacío.

La trabajadora social aparcó y apagó el motor. Nadie habló ni se movió. Finalmente, Clem quitó el pestillo con un sonido brusco. Bajó y le hizo una seña a su hijo.

—Vamos.

La mujer bajó por el otro lado pero el chico se quedó mirando adelante fijamente, sin moverse.

Clem se sonrojó.

—No, no. Hoy no pienso aguantar ninguna de tus tontearías, jovencito. Sal del coche.

El chico negó con la cabeza sin desviar la mirada. Se oía su respiración.

Los dos conocían el guión. El hombre se mostraría más decidido porque ya había visto otros berrinches y la furia del chico sería más intensa gracias a la práctica. Hacía tiempo, una exhibición de lágrimas y una zurra llevaban a la conciliación. Ahora, habían desarrollado una tolerancia mayor.

El chico tenía que comportarse como un loco, aunque eso probablemente no cambiaría las cosas. Su furia era, al mismo tiempo, ciega y planeada, una irracionalidad frenética como un medio para lograr un fin.

—Sal o te saco a rastras —lo amenazó Clem.

Alex no movió un músculo.

La trabajadora social se limitaba a observar, preocupada y sudando por el calor.

Clem se inclinó y metió medio cuerpo, con una pierna apoyada en el asiento y una mano en lo alto.

—Vamos.

La respiración de Alex se convirtió en un ruido ronco, un grito ahogado, como el de alguien sufriendo un ataque.

—Para ya —dijo Clem, cada vez más enfadado.

Los jadeos se intensificaron y la cara del chico se puso morada. El hombre se metió un poco más en el coche y estiró la mano para coger al chico por el codo. Al sentir el contacto, el muchacho gritó y se apartó bruscamente, se deslizó por el suelo hasta un rincón golpeándose la cabeza contra el salpicadero y rodeó el volante con los brazos. Las lágrimas le resbalaban por la cara y respiraba con dificultad, sollozando por la rabia; su cuerpo era demasiado pequeño para contener tanta ira.

Clem se arrodilló en el asiento y agarró los brazos del chico. Consiguió soltar una mano sin dejar de murmurar maldiciones. Cuando intentó soltar la otra, la primera se volvió a agarrar. La respiración del chico se intercalaba ahora con toses y

sonidos animales. La descarga de adrenalina que inundó el sistema nervioso del chico le dotó de fuerza adicional.

Clem, furioso y de rodillas sobre el asiento, se acercó más e intentó agacharse para darle una bofetada a su hijo. Resultó inútil debido al volante y al poco espacio.

La trabajadora social seguía observando bajo el sol ardiente, horrorizada. Había visto a muchos niños rebeldes, pero aquello era como presenciar el inicio de la muerte del alma. La mujer permaneció de pie, impotente mientras los gritos la atravesaban a ella y a la tarde de verano.

Clem se echó hacia atrás, la cadera le quedó fuera del coche, y lo cogió por un pie. El chico se revolvió, pateando, retorciéndose y gritando. Clem no podía sacarlo, el espacio era insuficiente y los brazos del muchacho sujetaban con fuerza el volante. El hombre sudaba y resoplaba por el cansancio. En un ataque repentino, tiró de la pierna de su hijo y este se soltó en un movimiento rápido que permitió que lo sacara fuera del coche. Cayó de lado sobre el suelo caliente. Con la caída, la mano de Clem se soltó y el chico se abalanzó sobre el parachoques, luchando por cada centímetro. Pero Clem le soltó los dedos, lo puso de pie y le dio una bofetada en la nuca.

Entonces la mujer sí ayudó a Clem y cogió al chico por el brazo para contenerlo. Arrastraron a Alex, que pataleaba y gritaba, hacia el edificio de dirección.

Thelma Cavendish observaba atenta desde la ventana de un dormitorio, atraída por el escándalo. Sabía que asignarían al chico a su casa. Su cara gorda y seria reflejaba su firme desaprobación ante tal acto de rebeldía.

Mientras el trío intentaba avanzar por el camino, llegó el autobús escolar que transportaba a los chicos más jóvenes del

Hogar. Se apartaron de las ventanas, gritando, y bajaron en manada.

A pesar de la rabia que inundaba su cerebro, Alex se percató de los que acababan de llegar y su rabia aumentó delante de ellos al ver que eso incomodaba aún más a su padre.

La veintena de chicos se acercó a Alex, como las polillas a la luz, y formaron un público que poco a poco se iba quedando en silencio, serio. Ninguno se mostró particularmente comprensivo ante la situación del recién llegado.

Clem tropezó en un escalón y cayó sobre una rodilla.

—Lo lamentarás —murmuró con los dientes apretados, deseando poder darle una paliza al chico, pero temía que el Hogar del Valle no lo aceptara. A Alex ya lo habían echado de la mitad de internados del sur de California.

La sudorosa trabajadora social cargaba además con el bolso y tuvo que soltar al chico para poder abrir la puerta. Alex se giró hacia su padre e intentó arañarle la cara.

Un joven que salió del autobús (el entrenador) se abrió paso entre el grupo de chicos y los dispersó. Rodeó a Alex con los brazos para inmovilizarlo. El muchacho se desplomó y el entrenador lo llevó dentro. Alex no se había rendido a propósito, pero la violencia de su acto de resistencia había consumido todas sus energías. Su cerebro se nubló hasta casi desmayarse y, si el chico no lo hubiera estado sujetando, habría caído al suelo. Su cuerpo se estremecía, como cargado con electricidad. Los párpados le aleteaban y los ojos casi se le ponían en blanco. La mujer y el joven se asustaron por la palidez del chico y los labios azules. Ninguno de los dos tenía experiencia con ese tipo de comportamiento. Sin embargo, Clem había sido testigo del aletargamiento que seguía a sus ataques en numerosas ocasiones.

—¿Hay agua caliente por aquí? —preguntó Clem mientras estudiaba la sala de espera, equipada con un escritorio vacío y muebles repletos. El suelo de conglomerado mostraba las cicatrices de años de pies jóvenes.

El entrenador señaló un pasillo corto en el que una puerta de cristal opaco daba al baño. Era demasiado pequeño para que cupiera alguien más aparte de Clem y Alex. El padre cerró la puerta y abrió el agua caliente. Esperó que el vapor se elevara de la pila y entonces metió las manos de su hijo debajo del agua. Durante casi medio minuto, Alex permaneció inerte e inconsciente, hasta que el dolor llegó a su cerebro estupefacto y el agua hirviendo le hizo retorcerse. Las manos se le pusieron coloradas.

Alex intentó apartarlas.

—Ya vale, papá. Estoy bien.

Clem lo soltó a sabiendas de que el episodio había terminado, la rebelión estaba sofocada.

—Lávate la cara —le dijo en voz baja, avergonzado por haber perdido los papeles también él. Aquella situación le dolía y le entristecía.

Alex abrió el agua fría y se enjuagó la cara con las manos sin importarle mojarse los puños y el cuello.

Clem Hammond encendió un cigarrillo y se sentó en el retrete, esperando.

Fuera del baño, el joven entrenador, Mike Macrae, escuchaba la historia del chico que le contaba la mujer. El entrenador se sorprendió y, por alguna razón, se sintió culpable. Tenía solo diez años más que Alex y se preguntaba si podría hacerse amigo del chico. En toda su vida, Mike Macrae nunca había experimentado tanta angustia como la sufrida por el chico en unos minutos. Quizá podía mostrar un interés

especial en el recién llegado, enderezarlo. La trabajadora social suspiró.

Dentro del baño, Alex Hammond se secó la cara con toallitas de papel. Clem tiró la colilla del cigarro al retrete.

—Oye —dijo el hombre—, mírame.

El chico miraba al suelo. El hombre se esforzaba por encontrar las palabras, y las palabras llegaron con dificultad.

—Tienes que comportarte como un hombre —empezó, pero se detuvo. Tras una pausa, siguió hablando—. ¿Te acuerdas del poema que aprendiste el año pasado... de Kiping?

—Era Kipling, papá.

—No me acuerdo del nombre pero sí me acuerdo de lo que decía. Hablaba de aceptar lo que pasa, de mantener la cabeza bien alta y ser un hombre. No es culpa mía que tengas que estar en estos sitios. ¿Qué quieres que haga?

—Deja que me quede contigo. —El chico seguía con la cabeza agachada y arrastraba un pie.

—Si pudiera, lo haría. Tengo que trabajar y no hay nadie que pueda cuidarte.

—Papá, puedo cuidarme yo solo. No me meteré en líos, te lo prometo.

Clem luchó contra la humedad de sus ojos.

—No puedes vivir en una habitación amueblada.

—Podemos buscar un apartamento pequeño.

Clem negó con la cabeza. Quería abrazar al chico pero ese tipo de gestos se habían terminado. «Quizá... quizá —pensó— podamos alquilar un apartamento y contratar a una mujer que venga a ayudarnos.»

—No puedo prometerte nada —le dijo—. Pero quizá podamos encontrar alguna solución.

—Papá, por favor.

—Recuerda que no es una promesa, pero ya veré qué puedo hacer.

Los ojos del chico se llenaron de lágrimas provocando la misma reacción en los ojos del padre, que rodeó a su hijo entre los brazos. «Por favor, Dios —rogó Alex en silencio—, haz que sea así. No haré nada malo».

Clem sujetó a su hijo con los brazos extendidos, con las manos sobre sus hombros.

—Vale, haré lo que pueda, pero tienes que portarte bien aquí. No les des problemas. Tengo que trabajar fuera de la ciudad esta semana pero vendré a verte el próximo domingo.

—¿Me lo prometes, papá?

—Te lo prometo. Puedes ir a montar a caballo en el parque Griffith si quieres.

—¡Sí!

—He hablado con el director. Es un buen hombre y me ha dicho que la encargada de la residencia, la señora Cavendish, es también una buena persona. Demuéstrame que puedes no meterte en líos para poder dejarte solo mientras yo estoy trabajando.

Le dio un golpecito en el brazo con el puño cerrado.

Alex asintió rápidamente, con entusiasmo.

—Tendrás que pedir perdón por haberle causado tantos problemas a esa señora. Después, nos encargaremos de instalarte.

El entusiasmo desapareció de los ojos del chico. De repente, se sentía avergonzado por lo que había hecho y molesto al darse cuenta de la realidad del momento: su padre se marcharía mientras que él tenía que quedarse.